

Niño-Becerra, Santiago (2020). *Capitalismo 1679-2065. Una aproximación al sistema económico que ha producido más prosperidad y desigualdad en el mundo*. Barcelona, Editorial Ariel, 508 pp.

En su último libro “Capitalismo 1679-2065”, Santiago Niño-Becerra –uno de los economistas más mediáticos en España– analiza el origen y evolución del sistema capitalista. En la parte introductoria, el autor se aproxima a los fundamentos filosóficos del capitalismo, los cuales surgieron entre 1640 y 1690 en Inglaterra en torno a la Ley del *habeas corpus* y al pensamiento de Locke, quien definió al individuo como propietario de su persona –y de la riqueza que pudiera generar mediante esa *posesión*–. Es un periodo en el que se establecieron nuevas concepciones sobre el individuo, la propiedad y la libertad, las cuales fueron defendidas por una burguesía cuyo auge impulsó una nueva forma de *hacer las cosas* entre 1815 y 1820. Desde entonces, el capitalismo lleva doscientos años en vigor. Y ahora, según Niño-Becerra, muestra señales de agotamiento, y afirma que la fecha de su fin será “en algún momento entre los años 2060 y 2070” (pág. 15). En la parte central de la obra, el autor desarrolla los cuatro modelos por los que, a su entender, ha pasado el sistema capitalista antes de llegar a la actual situación de declive manifestada por la crisis financiera de 2008 e intensificada por la pandemia de COVID-19. Y en las últimas páginas, define los rasgos que caracterizarán al nuevo modelo que precederá al fin del capitalismo. Tal vez, uno de los más importantes sea la pérdida progresiva del valor del factor trabajo, el cual dejará de existir. Y, cuando tal cosa ocurra, según sus previsiones, lejos de ser un sueño será casi una pesadilla para la mayoría de la sociedad.

1. Los cuatro modelos del sistema capitalista:

El Modelo Clásico se extiende desde la publicación de *La riqueza de las naciones* (1776) hasta la Gran Depresión (década de 1930). En ese periodo, la burguesía acumuló y extendió su capital mediante una nueva organización social y tecnológica. Para ello se sirvió del sector financiero, dado que necesitaba cada vez más capital, e hizo de la productividad –máxima producción al menor coste–, el principal objetivo. Así, fue necesario aumentar la masa obrera para que la oferta de trabajo satisficiera la demanda. De modo que, en esta fase del capitalismo, el obrero industrial fue un factor determinante, barato y maltratado en pro de la productividad: “No había sadismo en tal comportamiento, sino una metodología cada vez más depurada cuya única preocupación era ahorrar costes de todo tipo” (pág. 42). La lógica de la máxima eficiencia impulsó un *espíritu capitalista* de hacer lo que fuese necesario para *llegar el primero y llevárselo todo* y en el cual, según Niño-Becerra, Darwin se inspiró para desarrollar su teoría evolutiva. Sólo sobrevivían las compañías que eran capaces de adaptarse a un entorno cada vez más desafiante y eliminar, así, a la competencia; y

ante esta lucha *natural*, el Estado debía mantenerse al margen. Ello perjudicó a un proletariado cada vez más hundido por esa «evolución» —o dejación del Estado—, y su toma de contacto con nuevos planteamientos como la «justicia social» de Taparelli o la Teoría Crítica de Marx y Engels, le incitó a una *nueva forma de hacer política* como movimiento obrero. Dicho movimiento, alcanzó importantes mejoras en un periodo en el que, según sostiene Niño-Becerra, el capitalismo también iba a cambiar de forma —organización del trabajo tecnificada, mecanización, nuevos medios de transporte y de comunicación, etc.—, “por lo que ya no era imprescindible seguir explotando de igual modo al proletariado” (pág. 53).

El liberalismo progresista apostó, a finales del siglo XIX, por la integración de la clase trabajadora como medio para alcanzar la paz social. Se diseñaron sistemas embrionarios de protección social y, en 1920, Pigou desarrolló su «economía del bienestar»; idea con la que demostró “que no siempre la búsqueda del beneficio privado ayuda al interés general” (pág. 59). En esa década, en *los felices años veinte* (1923-1928), se vincularon por primera vez “prosperidad” y “aumento de la producción”, y se hizo del consumo el principal motor del capitalismo. El problema fue que sólo se pudo mantener un nivel elevado de consumo con deuda privada y, según Niño-Becerra, cuando aquello terminó en 1929, se puso de manifiesto el agotamiento del modelo. La política económica que más auge tuvo entonces fue la propuesta por Keynes: estabilizar el sistema capitalista mediante un Estado interventor; un Estado que lo consumiera todo para garantizar el pleno empleo y, por tanto, el aumento del consumo privado gracias a una gran base social asalariada. Así, desde el final de la IIGM hasta la década de 1970, el capitalismo se estructuró sobre el Modelo de Demanda (MD) bajo políticas keynesianas —aunque ya tuvo su aplicación previa con programas como el New Deal—.

El MD partió de cuatro supuestos con los que se pudo establecer un Estado de bienestar: “pleno empleo del factor trabajo, salarios crecientes indexados a la inflación, demanda del trabajo permanentemente al alza y esperanza de vida tras la jubilación de, como máximo, diez años” (pág. 87). Su principal soporte fueron las clases medias emergentes, las cuales se beneficiaron de la protección social a cambio de una mayor carga de impuestos. En consecuencia, durante veinticinco años no sólo se garantizó el crecimiento económico —el PIB mundial creció casi un 5% entre 1950 y 1973— sino que, gracias a las políticas redistributivas, se redujo la desigualdad como nunca: “el 1% más rico de la población de Estados Unidos pasó de controlar el 21% de la riqueza en 1928 a controlar el 7,5% en 1975” (pág. 139). Así lo más destacable del MD, según Niño-Becerra, es que mantuvo un nivel alto de consumo con un endeudamiento privado muy bajo.

El tercer modelo, el Modelo de Oferta (MO), derivó de la crisis del petróleo (1973-1979), cuando los esfuerzos se focalizaron en controlar la inflación. Las empresas redujeron los costes de producción para evitar subir los precios y, así, mantener y ampliar sus tasas de beneficio. Mientras, el papel del Estado se limitó a la subida o bajada de los tipos de interés a fin de mantener la inflación lo más ajustada posible. Todo ello aumentó el desempleo e hizo descender los salarios, al tiempo que *lo financiero* aumentó su relevancia: para las empresas se convirtió en la manera más rápida de incrementar sus beneficios; y para el Estado fue un medio para equilibrar sus cuentas si conseguía colocar su deuda en buenas condiciones. La máxima fue la de optimizar los recursos, por lo que la productividad —propia del *espíritu capitalista*— volvió a dominar la actividad económica. Así, el Estado debía empujarse

para que la oferta autorregulara el sistema –y la sociedad– en función de sus necesidades. En este contexto, el discurso de los neoliberales tomó fuerza y, como es sabido, tuvo en los gobiernos de Margaret Thatcher (1979-1990) y Ronald Reagan (1981-1989) sus principales valedores; cuyas políticas se basaron en la desregulación –o libertad de la oferta–, reducción de impuestos y reducción del gasto público.

Junto a esta redefinición del Estado, se produjo una «revolución productiva» por la que las empresas prescindieron de gran parte del proceso de producción para ganar competitividad. De este modo, se extendió la filosofía *just in time*, las deslocalizaciones y las externalizaciones; lo que incrementó aún más los niveles de desempleo y el abaratamiento de la mano de obra. En consecuencia, el neoliberalismo impulsó una globalización que homogeneizó los poderes económicos, en especial *lo financiero*, y que desplazó las tensiones “hacia las capas inferiores en forma de reducciones de costes, deslocalización de actividades, ajustes salariales y de plantillas y de cualquier otra forma que ayudase a ganar competitividad y ganancias financieras” (pág. 149).

La redistribución de la riqueza dejó de ser algo prioritario y, tras la desaparición de la URSS, perdió aún más relevancia. El capitalismo estadounidense quedó como único sistema legítimo –no existía ninguna ideología que lo cuestionase–, así que ya no había porqué remediar el retroceso de la clase media. Como resultado, la desigualdad y la misera por qué volvieron a extenderse en los países capitalistas. En Reino Unido, por ejemplo, “la pobreza infantil (...) había pasado del 10% en 1979 al 33% en 1997” (pág. 171).

Desde finales de los noventa, las TIC y la hegemonía de *lo financiero* intensificaron los mecanismos del MO; por ello Niño-Becerra habla de un Modelo de Oferta Plus (MOP). La innovación en torno a la tecnología y a la organización del trabajo redujo el esfuerzo humano a niveles inimaginables. Por ejemplo, las horas necesarias para la descarga de un buque en el puerto de Londres, pasó de 4.300 en 1970 a 64 en el 2000; o sea, la productividad de descarga aumentó un 6.650% en treinta años (pág. 203). Este fervor por la productividad se extendió, y los directivos establecieron como norma alcanzar un rendimiento interanual del capital del 15%. Es decir, el aumento del valor en bolsa pasó a ser más importante que la producción: “fabricar bienes y servicios se convirtió en una forma de obtener fondos que volcar en los mercados financieros” (pág. 452). Por lo general, el factor trabajo entró en un fuerte proceso de pérdida de valor hasta convertirse en una *commodity*, esto es, un bien de bajo valor y de muy baja diferenciación o especialización. De este modo, la productividad ha situado a *lo financiero* y a la tecnología como las principales fuentes de generación de riqueza. Según Niño-Becerra, si la tendencia se mantiene, “en algún momento del siglo XXI tan sólo serán necesarios 350 millones de personas para generar la totalidad del PIB del planeta” (pág. 217). Por ello, la idea implícita del MD de que cada persona era necesaria porque contribuía a generar PIB, ya no tiene vigencia; sólo se necesita una parte cada vez más pequeña de la población. Tal y como sostuvo José Luis Sampedro, el desempleo ya es no algo a combatir, sino que es un elemento estructural del capitalismo: “el paro es un elemento inherente a la propia estructura de la producción. Si se busca la productividad, que es el elemento clave de la economía capitalista, se produce paro como elemento residual” (pág. 175). En un escenario como éste, Niño-Becerra entiende que la izquierda *tradicional* europea –que pasó de ser revolucionaria a socialdemócrata y de socialdemócrata a “socioliberal”– ha perdido su razón de ser: “La oferta de trabajo es muy superior a la

demanda, y en un entorno en donde la tecnología permite generar PIB con cero horas de trabajo humano, la socialdemocracia se ha quedado sin argumentos” (pág. 279).

2. Agotamiento del capitalismo. Un futuro distópico:

La crisis financiera de 2008 es el suceso sobre el que se apoya Niño-Becerra para sostener su hipótesis de que el MOP se ha agotado y, a su vez, que el sistema capitalista tiene un final próximo; procesos que además ha acelerado la pandemia de COVID-19. Por un lado, la crisis derivó de la creación de las hipotecas *subprime*, con las que se masificó la deuda privada con el objetivo de generar alta rentabilidad en muy poco tiempo; cosa que era incapaz de hacer una *economía real* rezagada. Sólo con ese crédito fácil –y tóxico–, el PIB mundial pudo crecer un 25% entre 2003 y 2008 (pág. 343). Por otro lado, cuando se quiso afrontar la crisis con políticas keynesianas (2008-2010), no dieron resultado; por ello hubo que sumar el aumento de la deuda pública como variable del problema. Y a pesar de la política de recortes que se aplicó en Europa entre 2010 y 2012 para reducir el déficit público, no se corrigieron muchos «desajustes» como el desempleo o el descenso del consumo. Niño-Becerra reitera que el problema está en que el capitalismo cada vez necesita menos factor trabajo, lo que imposibilita equilibrar la oferta y la demanda y, por tanto, redistribuir la riqueza. Y esta realidad económica ha hecho que, de alguna forma, la política haya renunciado a luchar contra la desigualdad: “La concentración de capital conduce a la concentración de renta, de riqueza, de forma imparable y ya sin que políticos o gobiernos tengan como objetivo reducir esa creciente e imparable desigualdad que las propias características del nuevo modelo harán crecer” (pág. 395). Todo ello ha acelerado la degradación progresiva e incontenible de las clases medias, lo que a su vez está deteriorando a los regímenes democráticos que se apoyaban sobre ellas. La descomposición de ese modelo es tan evidente, que ni siquiera se oculta: “Una de las cosas que la crisis está haciendo es poner a cada cual en su sitio y abandonar aquella situación anterior en la que –se hacía creer– todo el mundo era importante porque todo el mundo podía votar y todo el mundo era necesario para generar PIB. Eso ya no es así, y lo que es más importante: ya no hace falta esconderlo” (pág. 368).

Según el esquema de Niño-Becerra, el último modelo del capitalismo estará en pleno funcionamiento hacia 2025. En él se generalizarán la *Gig Economy*, los *minijobs*, y, por tanto, el pluriempleo, el subempleo y el desempleo como elementos residuales de la productividad. Y es que nunca antes se “ha vivido algo semejante a lo que está sucediendo y va a suceder, porque nunca hasta ahora ha acontecido nada que haya hecho que las personas dejen de ser necesarias (...). Ni siquiera, dentro de cuatro días, para reproducir la especie” (pág. 433). Los grupos sociales de referencia serán los *outsiders*, los expulsados de la sociedad y/o automarginados de la participación electoral, y los *insiders*, los integrados en la sociedad y con participación en los procesos electorales. El futuro vendrá determinado por una mayoría de *outsiders* que desarrollarán trabajo tipo *commodity*, y entrarán y saldrán del orden socioeconómico según las necesidades del mismo, y los *insiders*, quienes formarán un grupo minoritario integrado en corporaciones globales en donde desarrollará la actividad productiva más importante.

El futuro más próximo será, por tanto, un escenario de mayor desigualdad, en el que la cuna –o capital social– será un recurso de gran valor para integrarse en

la sociedad, igual que lo era para la aristocracia su estamento. Esto llevará a una involución con la que volverá la polarización socioeconómica a límites casi insoportables, aunque el modelo económico que se instaure se dotará de medios para evitar su derrocamiento. Por un lado, se incrementará el control sobre la población para evitar el estallido de brotes de violencia; de hecho, tal y como refleja Niño-Becerra con múltiples ejemplos, los cuerpos policiales, la tecnología y las legislaciones han comenzado a prepararse para ello. Por otro lado, se garantizará algún “refuerzo positivo” y necesario –como la renta mínima universal o el mercado *low cost*– para que la población esté ocupada y/o tenga motivos para no sublevarse. En este sentido, el futuro modelo se dotará de un “Trinomio Social”: “renta básica, marihuana y ocio gratis para asegurar la subsistencia de quienes no sean necesarios, para garantizar que esa población permanezca calmada, y para que no haya duda de que estará entretenida” (pág. 463). La propuesta de Niño-Becerra deja claro que, si la sociedad sigue regida por los principios de una economía de libre mercado agonizante, su futuro podría superar el escenario de muchas distopías que se han escrito hasta la fecha. Sin embargo, su vaticinio sobre la desaparición del trabajo humano es un planteamiento cuestionable que, hoy en día, forma parte de un intenso debate. Al margen de ello, la obra puede resultar de especial interés a quienes quieran aproximarse desde un enfoque economicista, a los cambios que están generando la ciencia y la tecnología en la relación que el individuo mantiene con su actividad productiva y su entorno social.

Moisés Alonso Baratas
Universidad Complutense de Madrid
moisesalonso@estumail.com